

# El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 284.

Sevilla.—Lunes 10 de Diciembre de 1900

AÑO XXIV.

## La ola ultramontana

Es extraño que los periódicos de gran circulación que presumen de liberales algunos, y que pudorosamente se sienten republicanos otros, pero que afirman claramente sus ideas democráticas, no brillen por sus energías en combatir a diario la invasión clerical, cada día más provocadora, y sólo se hayan levantado, aunque debilmente, dos voces en el Parlamento para protestar de lo que se nos viene encima.

Romero Robledo, primero; Azcárate, después, han puesto de manifiesto que aquí el clericalismo, formado por esas cohortes de frailes, por esas legiones de jesuitas, por esos ejércitos de hermanos de ambos sexos, y de sus auxiliares, invade todas las esferas del Estado e impera en todas las corporaciones populares, y domina como verdadero señor y dueño en todos los hogares, porque está apoderado del corazón de nuestras mujeres e influye en todas las cuestiones del hogar, comenzando por la instrucción y la educación de los hijos.

No valen esas veladas advertencias de los grandes periódicos, y son de escaso efecto las manifestaciones de esos diputados que apenas si estereotipan en el *Diario de Sesiones* que nadie lee, porque esa gran prensa ni los comenta ni siquiera da cuenta de ellos.

El mal es tan hondo, caminamos tan rápidamente al abismo, que ya ha pasado el tiempo de los revulsivos, y se impone la operación quirúrgica para destruir en su origen y en sus causas esa ola que nos anega.

Campo abonado para el combate, porque en este gravísimo problema nacional están interesados, no sólo los republicanos y los democráticos, sino los liberales y los mismos católicos que consagran su culto a la verdadera iglesia de Cristo, pero que aman también todas las prerrogativas de la vida del Estado y de la vida de la familia, siguiendo las enseñanzas del Maestro en su famoso *Mi reino no es de este mundo*.

La masa general del país siente, indudablemente, el malestar; ve que no vamos por buenos caminos; se penetra de la ingerencia de las comunidades religiosas en materias completamente profanas, ajenas por completo a su misterio. Siente disminuir sus ingresos, que repletan la bolsa del obispo, del jesuita y del fraile. Mira cómo se enriquecen los primates de la política ultramontana y clerical, pero no llega a penetrar toda la gravedad del mal, toda la trascendencia de una política consagrada al beneficio y al servicio de los intereses vaticanistas y clericales, y es menester ponérselo bien de relieve, decirselo un día y otro día; advertirle constantemente de los peligros, poniendo de manifiesto esos trabajos secretos para las multitudes, pero públicos y perfectamente transparentes para esos órganos de información.

En vez de dar cuenta a diario de esos reclamos, en vez de comunicar el santoral, en vez de esa serie de sueltos y artículos encomiásticos de las personas, en vez de los minuciosos detalles del crimen y de otras tantas cosas que se recorren del arroyo para llenar columnas y columnas, amén de lo que se dedica en la temporada a nuestra fiesta nacional; amén, en fin, de esa variada crónica, en la que en muchas ocasiones se padecen errores de bulto, en que juega un tristísimo papel alguna persona honrada, acusada de tremendo crimen, pudieran muy bien consignar en sus columnas esos crímenes que se perpetran en los conventos, esos abusos que cometen los jesuitas en las personas y en las haciendas de los españoles, esas espoliaciones arrancadas en la cabecera de un enfermo, esos excesos de autoridad de los obispos, que constituyen verdadera innovación de la Constitución y de la potestad civil, contra cuyas invasiones inclinan la cerviz las autoridades de todas clases, grados y jerarquías, porque el poder central los autoriza, y hasta ordena reverente atención y sumiso acatamiento a las decisiones de los prelados que nos han cabido en suerte.

Para ninguno de esos periódicos es un secreto la misión especialísima que lleva Pidal al Vaticano; nosotros, que somos tan humildes y que no tenemos accesos a centros ministeriales

ni a otros sitios donde se saben estas cosas, y a dijimos algo a raíz del nombramiento de dicho personaje. Un periódico de Madrid, descorramos el velo, pero esto es muy poco: hace falta que toda la prensa se haga eco de la especie, y que llegue a noticia de todos los ciudadanos de que ya de un modo descarado han arrojado los neos la máscara, y que muy pronto no habrá más leyes que los salmos y cantos jesuiticos; que España será una nación dependiente de Roma, y que nuestro presupuesto no será otra cosa que el haber que impongan los obispos, los frailes y los jesuitas al pueblo español, para sostenerlos a ellos y atender a todas sus necesidades.

Se transformará la desamortización, haciendo concesiones que vengan a gravar nuestra renta para constituir el peculio de la prodigalidad para lo que llaman iglesia de Dios.

La familia es de ellos; la educación a ellos les pertenece por entero; asaltan los domicilios privados para apropiarse de los bienes de los opulentos; seducen místicamente doncellas, arrancándolas a viva fuerza del hogar doméstico.

Ahora quieren para ellos la fortuna pública, y con un presupuesto especial que grave más y más a los contribuyentes.

«Español, ó te sientes hombre y ciudadano, ó te contentas con el papel de burro de fraile, dispuesto a producir para él, y cargar además con el producto de tu trabajo, para conducirselo a su granero y a sus inmensos depósitos. Elige.»

A. A.

## Saludo a Kruger

El ilustre poeta Eduardo Rostand ha escrito desde Cambo, donde se encuentra convaleciente de penosa enfermedad, un hermoso saludo a Kruger con motivo de haber pisado tierra francesa, la tierra nativa de Rostand.

La traducción que sigue da una imperfecta idea del sentido trabajo publicado en *Le Figaro*, de París.

«Cuando arribaste a las playas de mi pueblo natal, ¡oh vencido a quien todos acogen como vencedor!, palideció mi rostro, sublime anciano, y me pareció que arribabas a nuestras costas y a mi corazón!»

«¡Jamás se ha visto nada semejante a tu viaje: la nave trirreme que, en tiempos pasados, tocó en estas playas para traernos la Belleza, no ofrecía a la leyenda futura poesía tan sublime y santa como esa pequeña canoa de un barco holandés, que desembarcó en tierra francesa al anciano afligido.»

«No; ninguno de los ciclos de la Historia registra nada tan trágico y tan hermoso como la aparición de este viejo, con sus antiparras y su sombrero de copa enlutado.»

«Priamo, al presentarse en la tienda de Aquiles, no fué más grande que este anciano vestido de negro, al presentarse en el balcón saludando al pueblo que le aclamaba.»

«Los balcones engalanados, las músicas, las flores, las aclamaciones... todo eso ha sido muy hermoso; pero yo pienso, pienso con el corazón palpitante, que el único grito posible es el que lanzó un hombre desconocido, mezclado con la muchedumbre: ¡Perdón para Europa!»

«¡Sí, perdón! ¡Perdón, Kruger! ¡Perdón, sublime viejo! Perdón para esta horrible Europa, que empieza a confesar su crimen; perdón para esta Europa, que, condenando los crímenes pequeños, acaba por permitirlos grandes; perdón para esta Europa, que consiente que sean oprimidos los débiles, que mata a los armenios; que asesina a la Grecia y se ensaña en los boers; perdón para Europa y sus Pilatos, que extienden con horror las manos lavadas sobre los sangrientos cadáveres de los justos que no supieron defender y salvar; perdón para esa muchedumbre de mercaderes egoístas y de diplomáticos

hipócritas; perdón para la molición, para la indiferencia, para la ironía y para el miedo... ¡Perdón para todos! ¡Perdón para esta vieja Francia! ¡Perdón para este pueblo, que sólo te ofrece sus aclamaciones platónicas; perdón para el soldado que se evanece del heroísmo de Villebois y se queda en París... ¡Perdón para los poetas cuya lira permanece mudal»

«Los reyes deben oírte, ¡oh ilustre viejo! No hagas esperar a los reyes... Y si temes que te acojan friamente, dirígete al dulce país de las Biblias y de las pipas, a la antigua patria donde reina una hermosa niña, y dile: «Reinita: tú que eres tan buena como blanca y hermosa, mírame viejo y solo; y ella te brindará su apoyo, y con tu ruda mano sobre su espalda virginal, iréis de reino en reino, y Antígona desde la sombra sonreirá dulcemente a Guillermina.»

«Pero si la Reina vacila, ¡ay, todo es posible, y sólo recoges en las páginas de tu vieja Biblia una lágrima de sus ojos azules, ¡ah!, entonces, cuando atraveses de nuevo la Europa para ocultar en tu patria tus desengaños, no aceptes las aclamaciones, rechaza las flores, cruza París de noche, solo, sin músicas y sin guirnaldas.»

«Y si alguien te pregunta, respóndele:—Basta, basta. Dejádme volver a mis montañas, solo y triste como un león herido. No vete a Francia a pedir letreros de talco, grabado en cintas de colores. Hemos peleado para asombrar al mundo. Hemos conseguido nuestro objeto. ¡El mundo nos contempla con asombro!»

## Fumando una princesita

De vez en cuando, por lo general los días festivos, como los horteras, me permito el lujo de tomar café en el casino después de comer, mientras me fumo una princesita y me leo ocho ó diez periódicos, de los que muy pocas veces suelo sacar algo en limpio.

Ayer no era día festivo, pero necesitaba trabajar por la tarde, y para hacer más rápida la digestión de la comida y sacudir esa indolencia, ese sopor invencible que, después de la comida, suele apoderarse de los que paseamos poco y distribuimos el día entre la oficina y la redacción, sentí deseos de tomar una taza de café con las acostumbradas gotas del acostumbrado cognac.

Llegué a la caldeada galería del casino, me hice dueño de los tres ó cuatro periódicos disponibles que había en el gabinete de lectura, ocupé una mecedora, encendí la princesita y me sirvieron el aromático moka, no tan moka ni tan aromático como hubiera sido mi deseo.

Detrás de los cristales de una de las rasgadas ventanas de la galería, la columna de mercurio del termómetro perezosamente se decidía a marcar dos grados sobre cero, y allá abajo en el paseo—con sus árboles desnudos como es quietos que levantarán los brazos indignados por el despojo de que eran víctimas—giraban en confuso torbellino las hojas amarillas y secas, entonando esa triste sinfonía que a los tísicos y ancianos enfermos debe sonarles a marcha fúnebre, digno acompañamiento de sus toses desesperantes.

Entre los círculos de hojas que giraban como jugando *al corro*, igual que en las hermosas tardes de primavera jugaban las niñas, asiduas concurrentes al paseo, se destacaban las simpáticas figuras de dos desharrapados *golfos* que á veces arrastraban sus casi desnudos cuerpos entre aquella hojarasca que convertían en crugiente colchón, donde se revolcaban sonrientes y alegres. No tenían zapatos, pero las hojas, más compasivas que los hombres, les proporcionaban mullida alfombra y motivo de diversión y de regocijo.

Otras veces se arrojaban puñados de hojas al rostro y correteaban, riéndose alocadamente y despreciando los crueles latigazos con que el helado viente de la vecina sierra sacudía sus ateridos cuerpos.

Columpiándose en la mecedora y lanzando espirales de humo, contemplaba yo con tristeza en el desierto paseo, a los pobres muchachos para los que no están reservadas las gratas caricias del «chubersky» ni las princesitas de veinticinco céntimos, y únicamente de vez en cuando apartaba de ellos la mirada para pasar la vista por el periódico que tenía entre las manos, ó cuando llamaban mi atención las frases ó carcajadas de los que inmediatos a mí jugaban al tresillo y entretenían alegremente sus ocios entre una temperatura de diez y ocho grados que empañaba los cristales de la galería.

El frío arreciaba cada vez más, según me decía el termómetro con su mudo lenguaje; el

viento balanceaba los desnudos árboles, y las hojas dejaban de perseguirse por el suelo, subiéndolo alto hasta arañar en los cristales, como queriendo despertar la compasión de los que nos encontrábamos fuera de aquella atmósfera desapacible é ingrata.

Los alegres y corretones *golfos*, ocultando como mejor podían sus desnudeces, y quizás buscando algún hospitalario rincón que les resguardara de la ventisca que comenzaba sus preludios, abandonaron el solitario paseo, y en aquel momento, y preparándome también para dejar la cómoda mecedora, pasé la vista por la sección telegráfica del periódico, y me encontré con las siguientes líneas, fechadas en San Sebastián:

«En la aduana de Irún han despachado ocho grandes cajas destinadas al palacio real, que contienen 28 trajes para el equipo de la princesa de Asturias.»

Y... salté del casino embozado hasta los ojos y pensando en el comentario que hubiera puesto a la noticia aquellos *golfos* que momentos antes arrastraban sus cuerpecillos amoratados entre las amarillentas hojas del paseo...

JOSÉ RODAÑO.

## Epidemia de orden

¿Qué tífus, ni qué viruela, ni qué cólera pudieron nunca compararse en intensidad con esta epidemia de orden que ha acometido a varios republicanos? Si no decrece, esto va a ser un desastre.

No se oye hablar, entre los republicanos tibios y los monárquicos pancistas, más que de procedimientos legales, de melosidad en el lenguaje, de evolución...

Las palabras jacobino y demagogo (con las cuales me honro, entre paréntesis) brotan a cada instante de los labios de tan sensatos y prudentes varones, para dejarlas caer sobre nosotros con desdén risible.

En cambio, la de revolución los asusta, crispas sus nervios, los desquicia; y á no ser; porque se distraen algún tanto solicitando destinos ó favores del gobierno, nos aplastarían bajo el peso de su ridícula cólera.

Se han agarrado a una palabra, patria, la más santa cuando lleva al sacrificio, pero no cuando se invoca para explotarla, y con ella hacen juegos malabares que aplauden entusiasmados los monárquicos, y con muchísima razón, puesto que ellos son los que salen ganando.

¡La patria! ¿Qué será la patria para esa gente? Porque no supongo que la vean en la turba de bandoleros de frac que saquea a España, ni en el hormiguero de frailes que la explota, ni en la prostitución, el agio y el libertinaje que en todas las esferas dominan.

Ni tampoco en los que pactan con el extranjero el desmembramiento del territorio nacional y nos han traído a tan deplorable estado, que el nombre de España se pronuncia hoy en el mundo con desprecio ó con lástima.

No, no pueden verla, porque la patria no está ahí. La patria está en esos labradores á quienes se les vende las fincas para que los parásitos derrochen su producto en fastuosidades insustentables; en los industriales que se arruinan, en los jornaleros que emigran por falta de trabajo; en los obreros que se mueren de hambre.

En todos los que se afanan y producen; en los honrados y los dignos; en los que sienten aún circular por sus venas la noble sangre de los que se arruinaron en la política, en vez de medrar como hoy se usa.

En esos y con esos está la patria, que no perecerá nunca por los desórdenes que se vea obligada á promover para el triunfo de las ideas progresivas, pero que podría sucumbir por debilidades femeninas y temores injustificados.

Y todos esos, que son las verdaderas fuerzas vivas del país, prefieren que continúe la monarquía á que venga una República que deje todo como está, y que se crea salvadora porque suprima los millones de la lista civil.

Y lo prefieren, no sólo porque no merece la pena de perturbar tanto para ganar tan poco, sino porque, en tal caso, perderían hasta la esperanza que hoy tienen de que sus males presentes alcancen remedio algún día.

Pues una República de apóstatas y monárquicos arrepentidos desacreditaría la institución,

